La granja de sueños.

Aquel martes de enero el anciano veía como se iban apagando las luces del día de manera temprano, después de unos cuantos años, conocía cuanto dura un día. Como no tenia mucho que hacer, decidió poner a calentar un puchero con verduras, mientas le daba vueltas al guiso solo podía pensar en todo aquello que quiso y nunca llego a hacer.
Antes pensaba; son los caminos de la vida, uno no los elige, simplemente los acepta e intenta disfrutar de ellos. Pero ahora, en sus arrugadas y doloridas manos, leía que en su vida siempre pudo elegir; ¿porque no le dije que la quería ?¿porque desperdicie tantos años trabajando en algo que nunca me gusto? ¿ qué hubiera cambiado si no…? y así continuamente se autoflagelaba por todos aquellos sueños que se quedaron en el puchero y que ahora bebida en esta fría tarde, porque no tenia la voz, ni la sabiduría ,ni la experiencia para poder contarlos o revivirlos.
Sorbo tras sorbo resoplaba y miraba atrás, cuando sus manos, en vez de contar un recuerdo que nunca existió, mostraban las duras horas de trabajo y esfuerzo que tanto habían sudado para conseguir esa amada y tranquila vejez de la que hoy disfrutaba. Tras terminar ese caliente e insípido caldo, se sentó en su sillón a reflexionar y se dio cuenta, de que siempre hubo una piedra en el camino que le impidió tomar la dirección deseada y esa piedra con la que siempre tropezó una y otra vez, era él miso. Tras sus ochenta y muchos años finalmente pudo ponerle nombre a esa piedra, miedo la llamó.
A pesar de todos esos años martirizados por los sueños inalcanzados esa noche pudo dormir plácidamente porque ya no temía al cambio.